

María del Carmen Vázquez Mantecón

*El bisonte de América:
Historia, polémica y leyenda*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

216 p.

(Serie Historia General, 28)

Mapas.

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/bisonte/america.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

dedicación de la iglesia del convento de San Agustín y del trapiche de San Guillermo Xaltepec, el domingo de Carnestolendas, que cayó en 24 de febrero de ese año, hubo corridas de toros, en las que se lidió “uno digno de Amphiteatro de esta Corte”, llamado “Toro o Monstruo de Xaltianguiz”. El ejemplar era “Quatezón”, esto es, que “nació raso y sin punta de cuerno”, aunque jugaba con fiereza y dio mucho que hacer a los toreadores y, de paso, diversión al público, “sin el peligro y susto que todos ocasionan”.⁵¹

5. LA REPRESENTACIÓN EUROPEA DEL BISONTE AMERICANO

El abundantísimo bisonte de las tierras desconocidas fue nombrado reiteradamente en crónicas e historias sobre ese Nuevo Mundo, que en su tiempo tuvieron un gran número de lectores. En muchos casos esas descripciones se acompañaron con el dibujo de su figura, que se reprodujo por medio de la xilografía, el grabado o el aguafuerte. De entre ellas las más difundidas son objeto de este capítulo, que refiere la construcción de un imaginario muy alejado de los bisontes de carne y hueso, pero muy cerca de las fantasías, miedos, mitos y leyendas que provocó la conquista y apropiación de América y del imaginario que acogía con naturalidad a los seres fantásticos, a los híbridos, a los monstruos, al diablo y a los animales raros, fabulosos o exóticos.

La primera vez que se dio a conocer su retrato fue en la temprana obra del siglo XVI del cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo conocida como *Historia general y natural de las Indias*.⁵² Dedicó un apartado a las que llamó “vacas de la tierra septentrional” que también designó como “las vacas y toros monteses”. La descripción de ellos partió de la comparación con su propio ganado vacuno. Dijo que los de América eran mayores de tamaño, con los pescuezos muy llenos de lana “como merina espesa”, la cabeza más baja, con “los cuernos puntiagudos y el uno contra el otro”, con una gran barba de la misma lana que les colgaba de la mandíbula y los machos con una corcova alta sobre los hombros. Con respecto a sus pies mencionó que tenían las uñas hendidas como las vacas españolas. Agregó

⁵¹ *Gazeta de México*, n. 52, marzo de 1732.

⁵² Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, *op. cit.*, t. 5, v. 121.

que eran animales sueltos, ligeros, muy salvajes, “innumerables en cantidad”, de carne buena y cuero recio y de color leonado oscuro. Ofreció su dibujo, según él, para que el lector “mejor me entienda”. (Véase imagen 3).

En descargo de Oviedo a propósito de sus imágenes, el historiador británico John H. Elliot señaló cómo aquél se lamentaba de la falta en América “de un Leonardo o un Mantegna” que hubieran aportado la reproducción visual de esas tierras, obligándolo a realizar “toscos esbozos por sí mismo para ilustrar su *Historia*”.⁵³ Por mi parte, lo que llama más mi atención en este dibujo, es cómo imaginó sus cuernos, sus barbas y, sobre todo, sus pies. En las crónicas de evangelización escritas entre los siglos XVI y XVIII se confirma su convicción de que en esas tierras se rendía culto al demonio, en el que ellos creían racionalmente, y al que se fueron encontrando por todas partes, incluido el aspecto de los bisontes.

El diablo también fue asimilado con el monstruo o lo monstruoso. No es extraño entonces, que la gran mayoría de los europeos que describieron bisontes en el siglo XVI, aludieran a su monstruosidad y/o a su fealdad, incluido el mismo Oviedo, quien no pudo expresar con palabras la inconsciente desazón que provocaba ese animal temido y extraño del que se decía, además, que tenía partes de león por sus crines, de camello por su joroba, del puerco o verraco por su cola y de macho cabrío por sus barbas.

En cuanto a la zarpa dibujada en la parte trasera del pie en la imagen en cuestión, me parece que también pudieron estar en la fantasía de su autor la evocación de variados animales que la poseían, casi todos de carácter negativo, que provenían de los bestiaros más arcaicos de Oriente y del Occidente medieval, como el león alado de Babilonia, el leopardo de Macedonia, la bestia de diez cuernos de Roma o el temido basilisco. Distintos estudiosos han demostrado cómo en esos animales fabulosos los hombres y las mujeres de la Edad Moderna también siguieron proyectando el bien y el mal. El basilisco, por ejemplo, con zarpa trasera en su cuerpo de serpiente y gallo, tenía como característica principal matar a los hombres con la sola mirada, y según el medieval bestiaro atribuido a *El Fisiólogo*, ese animal era la representación del mismo Satanás, que se había escondido en el Paraíso y que había

⁵³ John H. Elliot, prólogo a *América de Bry 1590-1634*, Madrid, Siruela, 1992, p. 8.

engañado a Eva y a Adán apropiándose desde entonces del destino de sus descendientes.⁵⁴

*

Por su parte, Francisco López de Gómara obsequió desde sus primeras ediciones un dibujo de las “vacas corcovadas”, cuyo parecido es bastante más cercano a ellas, aunque acá su rostro malhumorado está muy lejos de infundir el temor que provocaría un “animal desagradable y sañudo”, según intentó describirlo.⁵⁵ Un detalle de la imagen, sin embargo, nos habla del universo mental que creía en maléficos seres que eran mitad animal y mitad mujer, que se enteró con la noticia de que en esas tierras también se habían visto atractivas sirenas tal como nombraron a los manatíes de las costas. (Véase imagen 4).

Tanto las hembras de ganado vacuno como las de bisonte tienen una sola ubre y varios pezones, además de que estos últimos en las “bisontas” son mucho más pequeños y ocultos. A las sirenas y los manatíes podríamos agregar también las historias sobre la temida anfisbena que tenía un cuerpo de ave rapaz con cola de serpiente y senos de mujer, a la que solía asociarse con el mal y con el diablo. No es de extrañar que esta imagen haya formado parte de uno de los relatos más leídos en su tiempo y que se haya convertido, por sí misma, en una de las figuras más reproducidas cuando se menciona la fauna del mundo descubierto.

*

En su *Historia Natural de la Nueva España*, Francisco Hernández, médico de Felipe II, no pudo dejar de hablar de los bisontes. Lo singular de su relato, es que el animal le mereció el nombre de “toro mexicano”, apelativo que no fue muy conocido más allá de algún mundo científico, ni mucho menos utilizado por los que estaban, de cualquier modo, en relación con esos animales. Desde las primeras ediciones de su obra se brindaron varios dibujos de esos

⁵⁴ *Bestiario Medieval*, compilación y estudio introductorio de Ignacio Malaxecheverría, Madrid, Siruela, 2002, p. 160-162.

⁵⁵ Francisco López de Gómara, *op. cit.*

“toros” que, como podemos apreciar, aunque ya iban teniendo más parecido con los bisontes de carne y hueso, pesaba su comparación y analogía con los toros y las vacas de su mundo frecuentado.⁵⁶ Como escribió con acierto Peter Burke, cuando se hacen analogías lo exótico queda sin duda domesticado.⁵⁷ (Véase imagen 5.)

A su vez, en distintos tomos de la primera edición de esa *Historia Natural de la Nueva España* reproducen una bella imagen que ofrecía a los estudiosos de las novedades del nuevo continente la vista de un “toro mexicano” pastando a gusto, en medio de aves y flores gigantes, árboles exóticos y animales peligrosos. En lontananza se divisa la presencia de dos barcos extranjeros en la costa, mientras en tierra un hombre vestido a la europea, observa, absorto, esa vasta y singular naturaleza.⁵⁸ (Véase imagen 6.)

*

Fue precisamente en la Nueva España donde el mismo Francisco Hernández concluyó buena parte de la traducción y anotación de la *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*. Este autor clásico definió en su obra a los “bisontes [europeos]”, diciendo que se trataba de “bueyes fieros con crines, de fuerza y ligereza grandísima”,⁵⁹ situándolos en “Scythia y su comarcana Alemania”. En otros apartados de su *Historia*, Plinio se refirió a los paralelos y meridianos de la Tierra y describió, entre otras cosas y para cada uno, su flora, su fauna, sus pobladores y su entorno geográfico, y no olvidó incluir la zona que, desde el pasado más remoto, se pensaba que era habitada por seres monstruosos. Sobre estos últimos, escribió: “Estas y otras tales cosas del linaje humano, produjo la ingeniosa naturaleza, que a ella son juego y a nosotros espanto”.⁶⁰

Entre 1624 y 1629 apareció en España una nueva edición de la *Historia Natural* de Plinio, a cargo de Jerónimo de Huerta. De ella proviene una curiosa ilustración que mostraba de forma gráfica a los

⁵⁶ Francisco Hernández, *op. cit.*, p. 313.

⁵⁷ Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 156.

⁵⁸ Francisco Hernández, *op. cit.*

⁵⁹ *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*, trasladada y anotada por el doctor Francisco Hernández (libro primero a vigesimoquinto) y por Jerónimo de Huerta (Libros vigesimosexto a trigésimo séptimo), México, UNAM/Visor Libros, 1999, p. 366-68.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 308.

lectores del setecientos la idea del primero de ubicar seres y animales en distintas franjas de la tierra. (Véase imagen 7).

Aparecen en ella los animales rastreros, los del fondo del mar, y los del mundo conocido hasta entonces. Hacia arriba de esta área está dibujada la zona de los seres monstruosos, encima de la cual el anónimo grabador del siglo XVII agregó de su cosecha la de los fantásticos animales del Nuevo Mundo, incluido el bisonte, cuya imagen guarda mucho parecido con los “toros mexicanos” que dio a conocer Francisco Hernández. Cada una de esas franjas cuenta con una alusión al capítulo de Plinio al que se refieren los dibujos. Curiosamente, la de los animales americanos dice: “Lib. VI. Cap Último”, en el que, por supuesto, Plinio nunca mencionó a esos animales de los que en su tiempo no se tenía ninguna noticia, refiriendo sólo asuntos de su mundo conocido en esa primera centuria de nuestra era en la que a él le tocó vivir.⁶¹

*

Cuando estaba por terminar el siglo XVI, y durante los primeros años del siguiente, sucedió la expedición de Juan de Oñate a Nuevo México. Uno de sus hombres, el maese de campo Vicente Zaldívar,⁶² dejó por escrito sus testimonios en donde contó, entre otras muchas cosas, que descubrieron cómo las “vacas” tenían sus querencias en los llanos arriba de las lomas. Se asombró porque durante 30 leguas de trayecto no dejaron de ver “infinito ganado”, guiado sólo por el sol. Más al norte, dijo, estaba el río y debajo de los montículos había varias cañadas con sabinos e innumerables ojos de agua, en los que mitigaban la sed “las dichas vacas”, de las que el amoroso Zaldívar hizo un dibujo divertido. (Véase imagen 8).

Se enamoró a tal grado de ese “ganado” que pensaba que “su hechura y su forma era maravillosa”, y consciente de que a “algunos podían provocar espanto”, dijo que también daban mucha risa y que mientras más lo veían más deseaban verlo y declaró: “ninguno será tan melancólico que si cien veces lo ve al día, no se ría muy de gana otras tantas y se admire de ver animal tan fiero”.

*

⁶¹ *Ibid.*, p. 380.

⁶² Vicente Zaldívar Mendoza, “Relación de las jornadas de las vacas de Zibola”, AGI, Patronato 22 R 13 (9) f. 25 a 33.

En la versión latina de su *Historia del Mundo Nuevo*, publicada en 1633, el geógrafo flamenco Johannes Laët citó a López de Gómara para hablar de “las vacas” descubiertas, y así dijo que esos animales tenían “algo de común con los leones y algo con los camellos”. Se nota también que el geógrafo de Amberes estaba influido por otras lecturas, como *Historia de la Nueva México* de fray Alonso de Benavides, quien había dicho que eran animales fieros, o la de Bernal Díaz del Castillo que insistió en que eran desfigurados, por lo que agregó, que eran “deformes” y con “una mirada horrible y cruel”.⁶³ Basado en el dibujo proporcionado por López de Gómara, Laët hizo su propio trazo de la “vaca jorobada”, aunque sin sus ubres y grandes pezones y con su simpático mal humor. (Véase imagen 9).

*

Desde la primera edición de su libro *Nuevo Descubrimiento de un país situado en América*, en el año de 1697, el franciscano recoleto Louis de Hennepin anunció que incluiría mapas e ilustraciones, que son las que se repitieron en la edición holandesa de 1704.⁶⁴ De esta proviene la siguiente imagen en la que se puede apreciar que quien la hizo, no conocía a los bisontes. Pintó un toro común, revestido de una lana rizada, más abundante en la joroba, con un abdomen descomunal y con unas crines de caballo. (Véase imagen 10).

Mucho más trabajo le costó imaginar lo espantable o monstruoso de esos animales, asunto al que aludió Hennepin en su relato, que están del todo ausentes en ese idílico paisaje semitropical, donde, a lo lejos, otros tres “bueyes” se refrescan a la sombra de los árboles. Aparecen, asimismo, dos animales americanos, también abundantes: un dormilón tlacuache, conocido también como zarigüeya, y la fea y grisácea ave acuática llamada alcatraz en América del Norte y del Centro, perteneciente a la especie de los pelícanos. Los alcatrazes, desde tiempo inmemorial, abundan en muelles y manglares de las Antillas, el Golfo de México y en las costas orientales del sur de los Estados Unidos, siendo la Luisiana, precisamente, la escena aquí evocada por los ilustradores de esta bucólica representación.

⁶³ Johannes de Laët, *op. cit.*, p. 459.

⁶⁴ Louis Hennepin, *op. cit.*

*

Antoine Le Page du Pratz llegó a Luisiana como colono durante la segunda década del siglo XVIII, y aunque se empleó durante muchos años en cargos de administración dio también cabida a sus dotes de historiador y naturalista. En su relato demostró que conoció muy bien a los “boeufs sauvages”, por lo que la edición de su *Histoire de la Louisianne*, incluyó la imagen de uno de ellos. Sin embargo, como en la mayor parte de los casos revisados, el autor del dibujo no supo interpretar los valiosos datos proporcionados por du Pratz. Acá se trata de la representación de una clase de buey doméstico, ligeramente jorobado, lanudo como una oveja y con una cola fantasiosa, que está muy lejos de evocar a un magnífico ejemplar de una especie que, todavía en el siglo XVIII, no terminaban de asimilar.⁶⁵ (Véase imagen 11).

*

El famoso naturalista George Louis Leclerc, conde de Buffon, dio mucho que hablar en los círculos académicos interesados en la zoología de los cinco continentes. Su voluminosa obra, publicada durante la segunda mitad del siglo XVIII, alcanzó varias ediciones, consultadas y citadas incluso un siglo después. Sus páginas están salpicadas de interesantes grabados de buena parte de los animales que describe y, dado que un mismo tema lo trata en diferentes volúmenes, suelen encontrarse diversas imágenes sobre un mismo animal. En el Suplemento al tomo tercero de su *Histoire Naturelle, générale et particulière*, publicado en 1776, presentó a sus lectores una curiosa pintura del que ya llamó “bisonte”. (Véase imagen 12).

Las características de la imagen pudieran estar en relación con la postura de Buffon con respecto a estos animales, a los que primero consideró diferentes de los bueyes y después estimó como “bueyes con joroba”. A pesar de que él tuvo la suerte de observar y medir a un bisonte americano vivo, exhibido en una jaula en París en el año de 1769, se refirió en varias ocasiones a esta imagen “para apoyar todo lo dicho”.⁶⁶ En ella no sorprende el torso, la joroba, la grupa, las patas, el pelo, la cola y las barbas, porque si podrían pertenecer a un bisonte, aunque,

⁶⁵ Antoine Simon Le Page du Pratz (1695?-1775), *op. cit.*, p. 313-314.

⁶⁶ Georges Louis Leclerc, M. Le Comte de Buffon (1707-1788), *op. cit.*, p. 64-65.

es evidente, que seguía habiendo resistencia para reproducir su cabeza –en este grabado tiene la de un *Bos Taurus*– la que, por lo visto, seguía generando en la mayor parte de los europeos bastante desconcierto.

*

Por último, incluyo en este capítulo un peculiar dibujo, aparecido en el escrito del comerciante gaditano de origen irlandés Pedro Alonso O’Crouley, quien visitó varias veces la Nueva España entre 1764 y 1774. En ese último año escribió sus impresiones en un manuscrito al que agregó muchas láminas con atrayentes ilustraciones, muchas de ellas en colores vistosos. Citó muchas fuentes importantes para recrear, incluso, la historia antigua de ese reino. El bisonte de América, por su parte, le mereció el comentario de que era una “especie de buey silvestre muy feo”, con lomo de camello y astas corvas y cortas. A pesar de todo, es notorio que ni él, ni el dibujante de esas imágenes, vieron nunca uno de ellos, por lo que fue aprobado el dibujo, contentándose con la figura más bien caprina, que fue etiquetada con el nombre de “cíbolo” al que no le faltan las barbas, los cuernos y la pezuña hendida. Forma parte de un conjunto de originales especímenes americanos que, en todos los demás casos, sí corresponde su figura con el animal que representan. Se advierte, asimismo, que se coló en la escena el “leopardo”, felino extranjero a estas tierras, que ocupó el espacio que hubiera correspondido, quizás, al cauteloso puma, o al no menos majestuoso jaguar de las selvas tropicales.⁶⁷ (Véase imagen 13).

*

Los que dibujaron esas vacas americanas nos dicen mucho acerca del orbe religioso y fantástico de los europeos del Renacimiento y de la llamada Edad Moderna. Era de preverse que en ese enfrentamiento de culturas los que intentaron describir a la que les era diferente la recrearon. Y lo hicieron con todo y la omisión, con la exageración de lo que no comprendieron, con el recurso fácil de la comparación con lo conocido y con la presencia, consciente o no, de

⁶⁷ Biblioteca Nacional de Madrid, Ms., 4532, Pedro Alonso O’Crouley, *Ydea compendiosa del Reyno de Nueva España*, *op. cit.* La lámina en cuestión está insertada entre la foja 139 y la 140.

los símbolos y referentes de su universo sobrenatural. En cada una de las imágenes aquí mostradas destaca el valor de los detalles, que se convierten en un gran testimonio de los prejuicios que se colaron al tratar de dar sentido a la excentricidad de los otros descubiertos.

6. TANAHA O LA VIVA IMAGEN DEL DEMONIO DELICIOSO

De la mano de la conquista vino la descubierta de los inacabables dominios del Diablo.⁶⁸ La mentalidad cristiana preindustrial, creía racionalmente en él y con el paso de los años, escribe Fernando Cervantes, en las tierras conquistadas se hizo común la tendencia medieval de ver a los paganos como demonios.⁶⁹ Poco a poco los evangelizadores se fueron convenciendo de que la intervención de ese siniestro personaje permeaba a los pueblos originarios. Bernardino de Sahagún, por ejemplo, escribió convencido que los dioses “eran diablos mentirosos y engañosos”. En distintas historias y crónicas –también del siglo XVI como la del franciscano– historiadores y evangelizadores de distintas órdenes religiosas como Francisco López de Gómara, Gonzalo Fernández de Oviedo, Andrés de Olmos, Toribio de Benavente Motolinía, Bartolomé de las Casas, Diego de Landa, Diego Durán, Bernal Díaz del Castillo, Gerónimo de Mendieta, Joseph de Acosta y el mestizo Diego Muñoz Camargo, quisieron dejar testimonio de cómo los habitantes de las tierras descubiertas rendían obediencia al Diablo a quien, según ellos, celebraban en sus ritos, ceremonias y sacrificios humanos.

Incluso, como anota Fermín del Pino, el demonio no solamente estaba disponible para los rasgos religiosos que se oponían al cristianismo, sino también para las semejanzas dogmáticas y rituales con éste. Cita en este sentido la *Historia Natural y Moral de las Indias* del jesuita Joseph de Acosta, quien pensaba que el demonio quería quitarle glorias a Dios, facilitando a los del Nuevo Mundo “cosas hurtadas de nuestra ley evangélica, como su modo de comunión y confesión y adoración de tres en uno y otras tales”.⁷⁰ Acosta sostenía que

⁶⁸ Georges Minois, *Breve historia del diablo*, Madrid, Espasa, 2002, p. 91.

⁶⁹ Fernando Cervantes, *El diablo en el Nuevo Mundo. El impacto del diabolismo a través de la colonización de Hispanoamérica*, Barcelona, Herder, 1996, p. 16, 23, 26 y 46.

⁷⁰ Fermín del Pino, “Demonología en España y América: Invariantes y matices de la práctica inquisitorial y la misionera”, en *El Diablo en la edad moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2004, p. 289-90.